

Núm. 8

Precio: 20 cénts.

Tierra y Libertad

REDACCION
Y ADMINISTRACION
Unión, 7 - Teléf. 23658
BARCELONA

MOVILIZACION PARA LA VICTORIA

Grandes manifestaciones populares han reclamado la movilización general. Las multitudes se han agitado después de varios meses de pasividad, poniéndose a la altura de las circunstancias. Un intenso fervor ha puesto en las calles a las juventudes, y un mismo clamor ha ido a golpear a las puertas del gobierno exigiendo el cumplimiento de consignas más o menos prácticas.

Hay quienes han tomado el problema desde su ángulo político respectivo. Aprovechando cualquier oportunidad en que el pueblo se siente conmovido, los partidarios del poder, los que siempre han depositado el poder absoluto en los hombres de gobierno, lanzan palabras y consignas cuya finalidad no puede escapar a nadie.

Del problema de la movilización se ha hecho una cuestión de uniformidad a todo trance, en absoluto sometimiento a los que gobiernan, que es la fórmula predilecta de quienes creen solucionar todos los asuntos de la guerra y de la economía desde los altos sillales estatales.

Así hemos visto la confluencia de las consignas políticas hacia "un solo gobierno, una sola bandera, una sola marcha, etc., etc.", como si en ello estuviera la base vital de las urgentes soluciones que exigen los momentos críticos por que atravesamos. Detrás de todo eso se ve un propósito que a nosotros nos merece la máxima atención. Detrás de todas esas "soluciones" que unifican lo que no tiene ninguna influencia positiva en la marcha de la guerra y de la Revolución, está la política de guerra contra el anarquismo y contra las fuerzas que en Cataluña tienen indudable predominio. El desplazamiento de todos los verdaderos problemas hacia un bien preparado plan de aparatosidades que tienen marcados objetivos políticos, es lo que debe ser detenido sin pérdida de tiempo, si no se quiere que la C. N. T. y la F. A. I. hagan valer sus derechos con todas las razones que su potencialidad les permite poner en juego.

Podrán renunciar los grupos minoritarios de la política a todo, para alcanzar sus propósitos. Están en ese papel, desde que la C. N. T. y la F. A. I. han brindado con toda lealtad su mano fraterna a quienes en Cataluña estaban

desplazados casi por completo. Pero los anarquistas sabemos bien hacia dónde quieren llevarnos y estamos dispuestos a demostrar que con la misma pujanza que damos a la unidad revolucionaria, con el mismo calor que prestamos a la movilización verdadera que se concreta en obras y no en palabras y desfiles, con la misma fuerza que ponemos en la lucha contra el enemigo, estaremos en nuestro puesto como defensores de nuestras ideas, nuestros lemas y nuestras aspiraciones.

La burguesía y los que no saben más que enalzar a los que gobiernan, mientras estén ellos en el poder, se olvidan que bajo los pliegues de la Revolución lucha el pueblo. Y el intento de suprimir lo que está entrafado en el corazón de los que luchan, suprimir lo que es auténticamente del pueblo bajo el pretexto de que la unidad lo exige, es desconocer lo que es realmente la cuestión de fondo para irse al juego demagógico que nos lleva a la catástrofe.

La guerra exige una movilización efectiva. El ejército popular reclama hombres y armas; la retaguardia se enfrenta a las dificultades económicas; las industrias de guerra, las fuentes de producción deben ser explotadas en un esfuerzo gigantesco, para que no falte lo que es indispensable en los frentes y a la población de la retaguardia.

Para todo ello, para construir fortifi-

caciones, para implantar una economía estricta, suprimiendo todo lo que significa derroche y labor inútil; para imprimir el ritmo de la guerra al trabajo en todas las cosas necesarias, hay que realizar una intensa propaganda, llevando a la práctica todas las medidas que contribuyan al fin común de obtener la victoria.

El problema de la guerra es una cuestión más seria de lo que suponen los que declaman consignas de obediencia y acatamiento absoluto al gobierno. No se resuelve exaltando instintos salvajes en las multitudes. No se resuelve acoplado a los niños a la bullanga callejera. Se resuelve con el trabajo, con el sacrificio, con la labor de los obreros y campesinos, con la movilización de todos los recursos económicos, con el manejo del pico y la pala en el tesonero esfuerzo que levanta murallas donde sea preciso.

Dejemos, pues, de jugar a la unidad. Dejemos de repetir fórmulas que nada resuelven. Encaucemos la inquietud del pueblo, la disposición de los trabajadores, sin pretender jamás atarlos a los plenos poderes gubernativos, y menos cuando en ellos participan representantes de una organización que rechazará siempre la dictadura. Menos declamaciones y más obra, más sacrificio, más sinceridad.



Compañeros de la construcción haciendo parapetos en el frente de Aragón

LO QUE DEBEN SABER LOS TRABAJADORES

Es la primera vez en la historia que los trabajadores realizan una experiencia propia, al margen de una dictadura cualquiera, a través de sus organizaciones económicas. Del resultado que obtengan en sus esfuerzos, de la capacidad que tengan para resolver sus problemas, de la visión con que encaren las realizaciones durante este período revolucionario, depende el curso de la transformación social en que deben salir emancipados definitivamente.

Los problemas de la guerra son enormes escollos puestos en la marcha del proletariado. Ni aun errando el proletariado, ni aun fracasando, ni aun chocando con los valladares de situaciones imposibles o difíciles de resolver, pueden basarse los que desean el fracaso de la administración directa de los productores en el mecanismo económico, para enjuiciar y dictar sentencia contra la capacidad constructiva y libertaria de los obreros y los campesinos. Hay tantos factores que tienden a ahogar la experiencia revolucionaria, que sólo en virtud de la poderosa fuerza viva que llevan en sí mismas las organizaciones proletarias y gracias a la firme voluntad de impedir retrocesos trágicos a un pasado vergonzoso, los obstáculos se superan y la nueva economía va abriendo paso en medio de la cruenta batalla entablada al fascismo.

Lo hecho por los trabajadores no es una obra completa ni perfecta. Pero es suficiente para testimoniar en forma objetiva la capacidad creadora, la inteligencia organizadora y la eficacia del método directo de la gestión económica por los productores mismos. Con lo actuado, los trabajadores pueden oponer el argumento de preciosas realizaciones a las teorías más o menos adobadas de cientificismo de los sectores autoritarios que piden a gritos todo el poder para el Gobierno, tanto en el orden militar como en el económico.

Hay algo que salva al proletariado de las redes que se tienden a su paso para aprisionarlo en el aparato asfixiante del centralismo estatal. Es la respuesta que en sus asambleas y congresos dan los hombres de la Sindical revolucionaria, es la respuesta que dan en abrazo fraterno los trabajadores de la C. N. T. y la U. G. T. — ejemplo, el de Asturias, — al manifestar sus propó-

sitos de organizar la economía por medio de sus Sindicatos de industria para responder a las necesidades de la guerra y al espíritu de la Revolución. Es la firmeza y la exactitud con que se planifican mecanismos técnicos acoplados a las organizaciones sindicales, para un aprovechamiento racional de todos los recursos de la economía española. Es, sobre todo, la actividad que despliegan las industrias más avanzadas en el terreno de la socialización. Es la proposición, refinada sin descanso, de la C. N. T. a los trabajadores de la U. G. T. para la unidad en la acción reconstructiva. Es, en suma, el dinamismo, la movilización que pone a los Sindicatos obreros en el plano revolucionario de la administración de la economía por los que trabajan, sin ingerencias políticas, sin direcciones ajenas al proceso económico mismo.

Y los trabajadores deben saber que no hay ninguna razón para abandonar el terreno sólido de la socialización progresiva. Que no hay nada que pueda arrancar a los Sindicatos — órganos fundamentales de la Revolución española — la función que les corresponde. Que la sola garantía de su libertad está en mantener en pie, en vigorizar, en hacer abarcar toda la economía industrial y agraria, todo el sistema de producción y distribución a los Sindicatos.

Deben saber los trabajadores que el Sindicato sometido a la ley rígida del Estado, convertido en apéndice de su engranaje gubernamental, acoplado al gobierno so pretexto de superar la incapacidad del proletariado, es herramienta que pierde toda eficacia, es instrumento que renuncia a cumplir la misión liberadora para entregarse al Poder y convertirse en su esclavo.

Por eso, los trabajadores de la Revolución tienen el sagrado deber de defender a sus Sindicatos de cualquier atropello o maniobra que tienda a encadenarlos. Y eso se consigue, impulsando la obra constructiva, avanzando las conquistas revolucionarias, estructurando la organización a toda marcha, de acuerdo a las concretas resoluciones tomadas en asambleas, plenos y congresos, haciendo la socialización en la ciudad y en el campo, dentro de lo que permitan las actuales circunstancias.



Trabajar sin descanso, eso hacen estos compañeros colectivistas

FOTOS DE GUERRA

Noche de invierno. La oscuridad más absoluta es dueña y señora del momento.

Una lluvia fina, menuda y penetrante va cayendo lentamente, con dulzura.

En los parapetos, trincheras y slambradas amigas y enemigas, reina un silencio y una quietud que tiene mucho de solemne. De pronto, unas voces rompen el mutismo.

— ¿Es esta noche?...



En las trincheras

— Sí, compañeros, ya tengo preparados los aparatos. Dos sombras saltan de la trinchera y se deslizan reptando con cautela sobre el terreno llano y fangoso.

Chase, chase, chase, la lluvia sigue cayendo y es tan espesa que parece que quiera proteger amorosamente a las dos sombras que siguen avanzando.

Las sombras cesan su marcha. Una voz sonora hiere la noche.

— ¡Atención! ¡Atención! Aquí trincheras leales. Emisoras C. N. T.-F. A. I. ¡Atención! ¡Atención! Aquí trincheras leales. Emisoras C. N. T.-F. A. I. Y el camarada comienza su encendida arenga dirigida al enemigo. Su elocuencia es tan sentida y conmovedora, que bien pronto es premiada con el éxito.

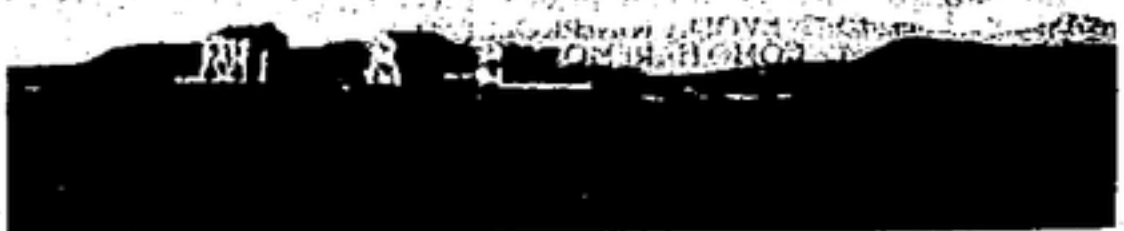
Del parapeto enemigo saltan unos hombres que vertiginosamente se dirigen a nuestras filas.

Crok, crok, los máuseres nuestros se preparan para el tiro. Los fugitivos gritan: "¡No tiréis, que nos pasamos! ¡Viva la C. N. T.! ¡Viva la F. A. I.! ¡Abajo el fascio!"

Los fusiles quedan verticales y los brazos se abren con franqueza y generosidad.

¡Comrades! ¡Hermanos!... Y los pechos que antes se buscaban para matarse, se funden ahora en fraterno abrazo que borra los odios.

KYRALINA.



Huesca, una de las ciudades sometidas a la brutalidad, a 900 metros de nuestras trincheras.